

El hoyo negro

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

¡Se sentía satisfecho!

Había cumplido su expectativa de entregar dinero, mucho dinero a las personas que lo necesitaban.

El programa televisivo quedó fenomenal. Las tomas perfectas. Las entrevistas fueron impregnadas de ese sentimentalismo empalagoso, que tanto gusta a la gente. ¡Fue un rotundo éxito!

La Navidad es para dar amor. Es para ayudar al prójimo. Es ¡Es una oportunidad estupenda para invertir el dinero del negocio! Además, gana indulgencias con el sistema tributario. ¡Un negocio redondo!

Después de la Navidad él se sintió contento, con el alma henchida de orgullo, pues fue un dinero bien invertido. El negocio está resguardado. Tiene la admiración del pueblo que lo idolatra por su desprendimiento. ¡El pueblo lo ama!

Su negocio seguirá creciendo, seguirá produciendo. ¡Es una fuente infinita de dinero! Ha progresado, su crecimiento ha sido a pasos agigantados.

¿Quién lo dijera? Aún tiene fresca la época de sus infantiles carreras, descalzo, por los mojados potreros, persiguiendo a la cursienta vaquilla de la familia. Los guineos sancochados en agua de sal quedaron en la historia.

¡Ahora era todo un señor! Admirado por su espontaneidad para ayudar al pueblo. La gente lo quiere, vaya si lo quiere.

En la organización él es poderoso, se le consulta sobre el mínimo detalle del negocio. Es, se podría decir, imprescindible.

Ha sobrevivido en el negocio por casi una década. Cuando se enganchó era un don nadie. Pero fue ascendiendo escalones, desde ser el distribuidor camuflado, hasta convertirse en uno de los jefes de la organización internacional, con nexos entre el norte y el sur.

Viajes van y vienen. Ha tenido que viajar por toda América y parte de Europa. Buenos vehículos, casas palaciegas, buena ropa y comida. Buena compañía. Todo eso compensa el riesgo. ¡Vaya si lo compensa! El negocio lo necesita. A él lo necesitan.

Una llamada urgente.

Pasaron por él.

Unos hombres necesitan discutir un asunto relacionado con un problema del negocio. Un cómodo vehículo lo transportó a la reunión. Todos los ahí presentes son sus amigos. Han compartido retos, preocupaciones, éxitos. Algunos conocidos de años. Matías, sentado en el sillón del fondo fue incluso compañero de colegio y de andurriales por amoríos adolescentes con la hija del botero, allá por Piuta.

La organización era tan compleja que él mismo no conocía a los jefes superiores. Esos estaban muy alto y por seguridad no se mencionaban nombres, pero había desde altos empresarios hasta políticos de grandes campanillas.

Se sentó ante una mesa de madera barnizada, que reflejaba los movimientos de sus colegas. No se dijeron nada. Ya estaban acostumbrados a que en esas reuniones hablaban más los ojos y los gestos. Más las sutilezas que las palabras. Lo comprendió desde el primer momento y un escalofrío corrió hacia abajo por su espalda.

Vio el pequeño hoyo que se iba levantado como en cámara lenta, muy lenta. Parecía un hoyo negro suspendido en el espacio, de esos que han ocupado la atención de los científicos por años.

Dentro de ese hoyo, como en una muda película, toda su vida, su ingreso en la organización, las promesas de riqueza, su ascenso como la espuma de una cerveza. Se acordó cuánto le gusta su sabor y desearía una en esos momentos, una congelada y deliciosa cerveza ... Hace un largo mes, que ahora le parece un siglo, compartía una estupenda cerveza con los amigos que ahora le rodeaban mientras celebraban el éxito de un negocio.

Observó el dedo de su amigo que se movía a milímetros por siglo, pero en un vigoroso retroceso ... Le llegaron a la mente las veces que había tenido que hacer con otros amigos lo mismo que hoy hacen sus amigos. El hoyo negro estaba en posición y enseguida estornudó con una silenciada estridencia.

Desde el piso sus amigos se veían tan altos, tan poderosos. Hasta al menos importante de ellos lo sentía tan grande. Otra vez el dedo de su amigo retrocedió y otra silenciada estridencia volvió a escupirse desde el oscuro hoyo. Al instante todo se puso oscuro.

¡Su negocio había concluido!

Una mancha de hematita se extendía lenta hasta lamer las suelas de los zapatos de sus amigos.

Cuentas de vidrio

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

Llega la noche.
Los amigos se citan como de costumbre. En la calle de siempre. Ahí se dará una metamorfosis: de simples adolescentes a intrépidos y despreocupados ases del volante. En la noche y la costumbre de siempre.

Llega Alberto a su vivienda, desconsolado pues le fue mal en los exámenes de generales, pero en fin, ¿a quién le importaba? -*Llamó su papá. Dormirá fuera por cuestión de trabajo. Su mamá está en el salón de belleza pues en la noche tiene una fiesta en el club.*- le informaba doña Ángela, la sirvienta, quien era la única en recibir a Alberto. El muchacho quería a la vieja sirvienta que ha estado con ellos desde que él nació. La veía como una abuela. Sin embargo, al filo del crepúsculo doña Ángela también se iba para su casa. Alberto quedaba solo y la soledad lo mataba, por eso necesitaba estar con gente.

Alberto lo tenía todo. Lo que deseaba se lo facilitaban sus amorosos padres. Discos, tablas de surf, celular, internet, dinero para sus antojos, vehículo. Era un joven feliz pues lo tenía todo.

La Amargura o bien la California eran sus sitios obligados de reunión, para discutir con sus compas sobre la universidad, para consolarse mutuamente de sus problemas existenciales o para pasarla bien. En muchas ocasiones de esos lugares se iban prestos a la calle de siempre.

Esa noche cenó una pizza y una Coca Cola, tomó las llaves del vehículo y partió hacia la noche. En uno de los bares amargos le contó a Renato, su mejor amigo, que escuchó una bronca de sus tatas, se habían dicho de todo y posiblemente se vayan a divorciar.

-*Total, mientras te sigan echando el pisto, ¿qué te puede interesar lo que les pase?*- le decía Renato, aún sin comprender el oculto dolor de Alberto.

-*Es que, mae, al parecer al viejo lo pescaron en un negocio, de lo que mi mama estaba enterada.*- hizo una pausa para tomarse un trago de la cerveza y comerse un bocado de una alita de pollo. -*Al parecer mi tata tiene miedo de que le hagan sombra en el partido o caer en el tabo.*- observó a su interlocutor y prosiguió -*Mae, mi tata está viendo qué hace, pues creo que es algo relacionado con línea blanca. Mi mama le dijo que a ella no la involucrarían y que se sentía una víctima.*- esbozó una tímida sonrisa mientras tomaba otro sorbo de cerveza.

-*¡O sea, le hizo el judas!*-comentó riendo Renato mientras cogía una alita de pollo y la metía en la salsa de chile. Una pausa para pedir a gritos un par de cervezas y unas boquitas de alitas de pollo, que más eran alitas de paloma.

-*¡Pues sí, más o menos! Mi tata le echó en cara todos los lujos que ella tiene que son financiados por el famoso negocio, que ella conocía, o por lo menos intuía.*- se quedaron callados un buen rato. Renato vio entonces con preocupación a Alberto y le dijo a modo de consuelo -*Mae, su tata la tiene toda. ¿Acaso no es de la gran pelota en el partido?*

-*Mae, últimamente a los partidos nos les sirven esos rollos. Además, si quitan a uno de ellos entonces queda más pasto para los que quedan.*- otro silencio más de Renato para digerir lo dicho por Alberto.

- *¡O sea, que a tu tata ya le llega el olor a aserrín!*- comentaba Renato mientras pedía otra ronda de birras.

- *La motosierra siempre está en las reuniones, según dice mi tata. Los compas están en busca de cualquier enredo para sacar de la arena al compa.*

-*En este país a nadie lo meten al tabo por varas así, más si es un pez gordo de la política. Un poco de escándalo de la prensa, comparecer ante un juzgado*

hasta que la noticia se haya olvidado.- Renato hizo una pausa y continuó dando ánimos a su amigo - *Además, tiene patas en el gobierno y le pueden hacer el cachete. Mae, ¿vos creés que los gobiernos no conocen esos negocios? ¿Se cuidan las espaldas unos a otros! ¿No ve que si cae uno se cae un montón? Es como esos juegos raros con dominós.*

Unas cuantas cervezas más y habladas de todo tipo para esperar las altas horas de la noche. Terminaron y fueron a Chepe a buscar a los demás compas.

De madrugada en la calle de siempre.

En la barra de amigos se sentía importante. Lo tomaban en cuenta. Renato, Julio y Enrique eran sus amigos inseparables para sacarle chispas a la vida, a la carretera. Casi todas las noches en la calle de siempre, un reto nuevo, con gente nueva que llegaba por el mismo instinto de retar la suerte. De retarse y retar el sistema. Era una manera de protestar de unos y de sentirse intrépidos los otros. Era la manera de diversión en ambientes cada vez más urbanos, estrechos, vacíos.

Renato, su mejor amigo, era hijo de un empresario; igual que Alberto, lo tenía todo, excepto a sus padres que estaban separados. Julio era un hijo "natural" de una profesional, clase media, no lo tenía todo como Renato y Alberto, pero no la pasaba mal. Enrique era de esos que dormían donde les llegara la noche, algo similar a un bohemio, hijo de un albañil y de una mujer de la alta sociedad, que se gustaron, no midieron las consecuencias y nació Enrique. Los tatas de ella como agua para chocolate. El dinero se lo da su madre como una disculpa. Enrique, por cosas de la vida, conoció a Renato y a Alberto en un campeonato de surf, hicieron migas y ahí están, compartiendo adrenalina y aventuras nocturnas.

-Mae, ¿vio el chuzo que compró Antonio? - apuntó Alberto.

-¡A pura hidropónica, mae! ¿O para qué crees que usa el caramanchel que tiene detrás de su departamento?- le indicaba Enrique después de darle una chupada al purillo.

- ¿Al chile?- la cara de Alberto era de gran sorpresa.

- Mae, ¡pareces nuevo!- decía Julio sin dejar de ver a una chavalilla que lo tenía encandilado desde hace rato.

- Mae, me da igual de donde lo haya sacado, pero un chuzo así hay que retarlo.- terminó de decir Alberto después de recibir la lluvia de puyas de sus compas. Esa noche le ganaron a Antonio y cansados de pura adrenalina se fueron para sus viviendas a eso de las cuatro de la mañana.

Al filo de la medianoche, entre el sábado y domingo, los amigos de siempre: Renato, Julio, Enrique y Alberto. En la calle de costumbre. Chillidos de llantas y frenos, la salmuera sónica donde se sazonan los piques de todas las noches. En la calle de siempre, sana, tersa, que aún no exhibe acné en su cutis. Renato, Julio, Enrique y Alberto, noctámbulos inseparables.

Esa noche perdieron el pique contra la poderosa máquina de Luis, el hijo de un magistrado. Del puro colerón se hicieron unos pitos para bajar la derrota que sabe amarga. De feria se les fueron las nenas que habían ligado para esa noche.

- La próxima no perdemos. Vamos por El Rey, a vacilar travestis.- sugirió Julio. A lo que Enrique lo volvió a ver entre serio y en broma porque era amigo de Laura, un travesti que prestaba sus servicios en las intermediaciones del Morazán.

Otra noche de diversión ocultaba la decepción de Alberto ante la posibilidad de divorcio cada vez más cercana de sus progenitores y de que su padre tenía líos gordos con la justicia. Ya la prensa hacía fiesta con tan gordo notición.

Una noche que se había deshecho en llanto sobre la ciudad se reunieron los de siempre para retar a los amigos inseparables: Renato, Julio, Enrique y Alberto. Sonidos de chillidos de llantas, frenos, risas y gritos, olores de cerveza rancia, de gasolina, de llantas gastadas en el asfalto, de yerba, todo mezclado. Las modelos, algunas conocidas por salir en un popular periódico, coqueteaban con los picones, especialmente con los de dinero; eran la nota teja de la noche.

Los ruidos seguían alocando a la chusma reunida en la calle de siempre mientras picaban Alberto y Antonio que solicitó la revancha por el clavo que tenía por haber perdido unas semanas atrás. Alberto quería picar solo, pues estaba sumamente deprimido y quería la velocidad solo para él; tal vez sea el remedio para su insípida existencia, les dijo con un remedo de voz a sus amigos. Gritos, risas, motos con escape libre, chillidos, eran los sonidos típicos, característicos de todas las noches de adrenalina. Renato, Julio y Enrique viendo el desarrollo de la carrera, entre los famosos ruidos de siempre. Solo un ruido diferente rompió la sónica monotonía de la noche. Un sonido nuevo, seco, se escuchó por un instante para luego en oleadas dilatarse en el ambiente. ¡Un sonido extraño! Luego gritos y carreras para alejarse asustados del sitio. Mientras tanto, el sábado ya viejo, le dejó paso franco al domingo.

Nuevamente, el siguiente sábado se reunieron en la Amargura los amigos de siempre: Renato, Julio y Enrique, mohínos, tristonos, como queriendo interrogar al destino. Recordaban la multitud callada, sollozos entrecortados, cientos de coronas de flores mientras un hombre cabizbajo con esposas en las muñecas observaba a través del vidrio el adorado juvenil rostro. Les venía a la mente la visión de la casa vacía, terriblemente oscura. Se recordaban ellos mismos, callados, pensando en la calle de siempre y en un punto lejano, melancólico, allá donde se perdía la calle. Rememoraban los sonidos de siempre, menos uno. Allá, en la dilatada calle de siempre, esa que aún no mostraba acné en la superficie, los que picaban todavía podían ver un mar de cuentas de vidrio esparcidas por el pavimento.

La leyenda de las ruinas de la parroquia

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

Corría el año 1644. La capital de la paupérrima provincia de Costa Rica dormía cobijada por las nieblas calinas que en exhalaciones frías recorrían lentas las lúgubres calles de la población y hacían tiritar a los vecinos que metidos en sus cujas no deseaban asomar media nariz fuera pues la ventisca de esa madrugada era mortal y, además, lo acontecido los tenía aún con el credo en la boca y un frío polar les había congelado los ánimos. Aún de sus trémulas manos o de sus mal abrigados cogotes pendían los rosarios y escapularios que les alejarían el mal que se sentía rondar por las empedradas calles.

El acontecimiento corrió como pólvora por la ciudad y sus arrabales. Fue tema de chismes y de consejas tejidas por las viperinas lenguas de viejas y criadas. En las gradas de la maltrecha parroquia quedaban aún gotas de un color marrón que no habían sido lavadas por las lluvias intensas de la tarde.

La niña Mercedes era una delicia. Rostro angelical. Manos tersas y un cuerpo que se adivinaba espigado bajo la carga de ropaje y encajes. Era de buena familia, que en su prosapia cabía el decir que era descendiente de fundadores de la muy noble y leal ciudad.

Vivía en una casa solariega en las cercanías de la plaza mayor. Frisaba los diecisiete años y algunos en la ciudad se extrañaban de que aún estuviera soltera. Se quedaría para vestir santos, según los comentarios a media voz de algunas viejas correveidile que abundaban en los barrios de la ciudad. Mercedes conocía esas maledicencias que a veces y sobre todo cuando las tardes eran grises, la ponían con alguna melancolía que le roía las entrañas.

A modo de promesa que la madre de Merceditas tenía a la virgencita para que su hija consiguiera un buen marido, se había propuesto la buena matrona ir con alimentos todos los martes a repartir a los trabajadores que estaban levantando una ermita, allá en la Puebla de los Pardos, para la imagen que se le apareció hace cerca de diez años a la mestiza Juana Pereira, aquella viejecita que murió hace dos años en olor a santidad, según dicen algunos. Están levantando la ermita a la par de la roca aquella donde cuando niña iba con sus padres a tomar agua de la naciente. Quién hubiere pensado en esos años cuando visitaban la fuente, que la virgencita decidiera usar ese paraje para visitar nuestra provincia. En fin, son recuerdos que se ven tan lejos en el tiempo que cuesta ya alcanzarlos con la memoria.

La gran cocina se encontraba ese día con gran actividad de parte de doña Mercedes que preparaba maíz crudo, totopostes, tiste y una variedad de golosinas que debía llevar a tiempo de la merienda a la Puebla de los Pardos. La actividad era contagiosa.

-Merceditas, acompáñame a dejar la merienda a la gente esa que está construyendo la ermita.

-¡Ay, mamá! ¿Ahora que estoy en mi faena de costura?- lo dijo con un evidente aire de molestia que enojó a su progenitora.

-No me resonge, que es pecao mayor responder a los tatas de uno. ¿Me oyó?-

-Sí, mamá.- se levantó como rayo haciendo pucheros sin que los viera su santa madre por aquello de un moquete o pellizco bien dado.

-¿Cuál cesta llevo?

-Esta, la del maíz crudo, pesa menos.

-Ay, mamá, no soy tan jelada, puedo cargar más cosas.

-No, hija, una señorita de bien debe ser delicada. Una brusca como las de los arrabales no conseguirá nunca esposo decente.

Era una mañana que apenas aclaraba, pues la niebla aún jugaba por las calles, aunque menos espesa porque se podían ya filtrar algunos rayos del sol. Llegaron a la plaza mayor, que más que plaza era un gran charco de barro donde se revolcaban algunos cerdos. Era la víspera de la feria semanal, por lo que ya muchos comerciantes estaban en labores de descargar la mercadería que venía en carretones o en cureñas halados por yuntas de bueyes, o a caballo en aperos que los mercachifles ponían en los costados de la bestia. Se decía a media voz que esa mercadería la traían desde Matina, comprada a los enemigos del rey nuestro señor, pues la clase adinerada era amiga de brocados, porcelanas y todo eso por lo que suspiraban tanto. Los más pobres llegaban con sacos de yute cargando tomates, elotes, chiles dulces y otros productos. Otros levantando los tinglados, para la venta del día siguiente. La chiquillada harapienta ya desde buena mañana cargando palmas para la techumbre y postes de madera de los bosques cercanos del Arriaz.

En la esquina sureste de la parroquia, doña Mercedes y la niña Merceditas enrumbaron al este directo a la Puebla. Dos cuadras después la mamá decidió meterse a la capilla de la Soledad a rezar a la virgencita homónima para que les fuera bien en el viaje y ningún negro ni indio les hicieran nada porque eran muy ladinos y las podían atacar.

-Sí, hija, de esos indios no se puede confiar.- Se terció la canasta en el otro cuadril y prosiguió *-A una tía mía hará cerca de tres lustros la atacó uno de esos indios y casito la mata. ¡Pobrecita, si no es por remedios de mana Engracia, que Dios tenga en el cielo, no si hubiera salvao!*

-¿Tan malos son? – preguntaba Merceditas con verdadero temor.

-Don Jerónimo de Retes no tenía gusto y les hacía la cruz, porque a él le habían robao varias reses finas.- y señaló las alturas de donde nace el Reventado, donde don Jerónimo tenía la hacienda.

-¡Qué chollaos más grandes!- exclamó Merceditas convencida de la maldad de los indios.

Las casas solariegas rodeadas de un gran corredor voladizo fueron mermando para dar paso a las casillas de paja o de pellejos de madera. Las calles en ese lugar no eran empedradas como en el centro de la ciudad, sino de pura tierra, donde los excrementos de la chiquillada aindiada ponían la nota aromática. Al

fondo, se veía la negra figura del padre Sandoval afanado en la dirección de los trabajos.

-¡Mira, allá, al padrecito Sandoval, no le digo, una santa criatura, tan abnegado!- comentó doña Mercedes.

Merceditas miró al espigado sacerdote, que con la sotana negra y volada por el viento tenía una apariencia tétrica, como de pecado mortal en ciernes.

-Su eminencia, muy buenas mañanas me le dé Dios. Acá traiba lo acostumbado de los martes.

-Qué dicha, ña Mercedes, Dios le tiene que reparar por su sacrificio en bien de la santa madre iglesia.- Se volvió y llamó a los trabajadores para repartir las viandas.

-¡Merceditas, no sea india, salude al padre!- Merceditas con cara de susto en ayunas le tendió la mano al sacerdote.

-¿Cómo está mi niña hoy? ¡Que Dios te bendiga!- tomó la mano que Merceditas le ofrecía, la acercó a su augusta presencia y un sonoro beso quedó estampado en la frente de la niña mientras que el padre la observaba con unos ojos que se la querían comer.

-¿Cómo está don Antonio?

-Bien, siempre con los achaques de rigor. Ahora se fue al abra que está haciendo por la calle de las Almoladeras, allá por la Carpintera.- y para reafirmar el comentario, doña Mercedes señalaba estirando los labios en dirección a los cerros de la Carpintera.

-Bueno, Merceditas, devolvámonos porque debo hacer cosas en la casa. Y tú tienes que retomar las costuras.

-Hasta luego, su eminencia. ¡Que Dios lo bendiga!

El padre Sandoval le ofreció la mano para que doña Mercedes se la besara, mientras le daba un último vistazo a la lindura de Merceditas.

Don José de Sandoval, apuesto teniente de los ejércitos de su Majestad, entraba en la ciudad de Cartago, después de una faena en Talamanca, sacando indios infieles de las montañas. Los cascotes de los caballos tamborileaban en las redondas piedras de las calles centrales de Cartago y su piafar se entremezclaba con los gritos de los oficiales arengando la tropa. Varios indios flecheros se distribuían por toda la plaza mayor para descansar de la dura faena del día. Don José descabalgaba frente al cabildo y saluda respetuosamente al señor gobernador, don Gregorio de Sandoval.

-Mi capitán Sandoval, ¿cómo le fue por esos andurriales de Talamanca? ¿Cómo estaba el clima?

-Estuvo relativamente bien, la entrada por la reducción de Ujarrás fue adecuada, el fraile doctrinero nos atendió de maravilla. Por cierto, los frailes están haciendo un buen trabajo en el valle, pues han adoctrinado a nuevos indios que ellos han sacado de la montaña. El clima fue pasado por aguas. Los ríos enteramente crecidos y turbulentos. Uno de ellos nos tuvo dos días en un paraje por no poder pasar, de crecido que se encontraba. Llegamos a la montaña y nos entrevistamos con uno de los indios y ...

-Perdón que lo interrumpa, mi buen capitán, pero entremos a la sala del cabildo a tomarnos un chocolate con totoposte, acá está muy ventoso.

Muchas de las muchachas de la ciudad babeaban por el capitán Sandoval, entre ellas la niña Merceditas, que oculta tras la penumbra de una de las ventanas de su casa, observaba pasar la caballería encabezada por Sandoval, un apuesto mancebo que frisaba los 30 años. Con el uniforme oficial del ejército de su Majestad estaba tan apuesto. Merceditas en el otro mundo eclipsada por la sola visión del famoso capitán empezaba a soñar, a dejar volar su imaginación

Fue en la misa de 12 que se encontraron. El capitán Sandoval se acerca a saludar al padre de Merceditas mientras a la niña comienzan a pintársele las mejillas de intenso carmín. Doña Mercedes observó este detalle y una imperceptible sonrisa se adivinó por un instante en sus labios.

-Buenas tardes tenga Su Merced, capitán Sandoval. Esta es mi hija Merceditas.- don Antonio señaló a la niña que estaba amoscada tras el robusto cuerpo de doña Mercedes.

-Un enorme placer, niña Merceditas.- Para él, tomarle la mano fue lo más grato del mundo y deseó que los segundos fueran siglos para que ese momento no terminara.

-Lo esperamos a tomar el chocolate esta tarde, si no tiene inconveniente. Deseo discutir con su merced un asunto de unos negocios en Matina. Una siembra de cacao me mueve a hacer un negocio y necesito una información para mí muy importante sobre el lugar y su seguridad.

-Por supuesto, don Antonio, para mí será un placer aconsejarlo respecto a ese tema. Estaré puntual a la hora del chocolate. Señora. Niña Merceditas, a sus pies, ha sido un inmenso placer.

El tiempo aclaró por completo y un reluciente sol alumbró las dehesas que algunos vecinos de Cartago formaron en las laderas del volcán. Su cima coronada con vapores relucía con un dorado intenso.

Pasó el tiempo y en ambos jóvenes cada vez aumentaba la amistad. Disfrutaban las delicias de la juventud y forjaban proyectos en perspectiva que atañían a sus propias vidas y su futuro compartido. El capitán Sandoval tenía entrada franca en la casa de Merceditas y doña Mercedes tocaba el cielo con las manos de la pura contentera porque olisqueaba en el ambiente sendos aires nupciales. Su promesa de llevar todos los martes comida para los trabajadores de la nueva ermita estaba dando resultados positivos.

Quien no estaba contento pues sentía un no sé qué al empezar a ver a su hermano con ojos de envidia era el padre Sandoval. Cierto es que siendo sacerdote no podía casarse, pero por lo menos la ilusión era ver a Merceditas soltera y sin compromiso bien metida en la iglesia; era para él la posibilidad de tenerla a su lado y estarla admirando. Le daría lecciones de religión y sería una de las matronas que ayudarían en la iglesia. Como dice el refrán, del ahogado el chonete. Además, su hermano estaba siendo favorecido con el apoyo para un puesto en el cabildo. Esto encolerizó más al envidioso cura.

Llegó el día de las elecciones. Todo aquel con una buena posición en la rancia sociedad cartaginesa estaba presente. Incluso don José de Torres y Salvador de las Alas habían hecho acto de presencia pues aunque vivieran en el paraje denominado La Mata Redonda, allá en el valle de Barva, la elección a miembros del cabildo siempre era un asunto de gran atracción para muchos, porque de alguna manera podrían realizar francas alianzas y amarrar sus propios intereses. Al fondo se observaba la alta silueta del cura Alonso de Sandoval, pues como vicario de la ciudad era importante su participación en esas actividades políticas, para mantener los intereses entre la parte real y la eclesiástica. En algunas épocas dichos intereses se desdibujaban. Se acuerda de hace casi cuatro lustros cuando llegó a ser gobernador de la provincia el fraile Juan de Echaúz, un hombre de iglesia.

La muchedumbre abarrotaba de pared a pared la sala de reuniones del Cabildo. En el escaño principal se encontraba sentado el gobernador Gregorio de Sandoval, seguido por los funcionarios reales, el escribano y los síndicos. El cura Sandoval, ajeno a todo lo que se discutía estaba rebotando de envidia y en un momento en que llegaban las elecciones de nuevos miembros, vio acercarse a su hermano, el capitán Sandoval, y aprovechó el tumulto. Fueron dos imperceptibles movimientos de mano nada más y un puñal sangrante que caía en el suelo. Como en cámara lenta, la gente se aparta y deja salir al capitán Sandoval trastabillando, pasa la calle y cae en las gradas de la parroquia. La gente, consternada, corre en su auxilio. Un trillo de fresca sangre es el rastro de la tragedia. El rostro del cura Sandoval parecía de cera pura.

Un tiempo después de esos funestos sucesos, en corrillos la gente hacía acres comentarios y señalaba al cura Sandoval. Este, por culpa o porque quería realmente servir a la iglesia, nunca se supo, pagó la recompostura de la fábrica de la parroquia de su propio peculio. Estaba muy maltratada después de los temblores de 1638.

En la lejana ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, en un convento, la hermana Mercedes de los Ángeles rezaba el rosario mientras una lágrima resbalaba por la marchita mejilla.

-Así no me lo contaron mis abuelos.- unos sonidos de frenos y de pitoretas de los destartados buses ahogaron en parte la observación del joven poeta a lo que su amigo les relataba. Eran parte del conjunto de cuatro jóvenes de apellidos Sancho, Jiménez, Troyo y Bonilla que tertuliaban y de paso mataban la noche en el versallesco Salón París, de Cartago.

-Entonces, ¿cómo fue el asunto? Cuéntanos tu versión, entonces- y miró desafiante al compañero, ambos grandes amigos pero rivales de la bohemia poética pluma. El compa un poco amoscado, se echó un gran trago de cerveza y puso cara de meditación, luego comentó:

-Bueno, a mí me contaron que efectivamente fue un asunto de amor, relacionado con un enamoramiento de José de Sandoval pero no de una linajuda señorita del centro de la ciudad, sino de una infeliz muchacha de los arrabales. La

familia del capitán Sandoval estaba como agua para chocolate porque no podía permitir que uno de sus vástagos se uniera a una campirucha más pobre que una rata. Don José fue electo para el cargo de Teniente, pero el cura Sandoval y don Antonio Rodríguez Moreno se opusieron a esa elección. El primero como respuesta al casorio de su hermano y el segundo quién sabe por qué motivo, envidia talvez. Fue Rodríguez Moreno quien dio las puñaladas al electo teniente Sandoval. También se esgrime el cuento de que un cura, que no se sabe si fue el vicario Sandoval, fue quien propinó por esta afrenta unas puñaladas al susodicho capitán.

-Pero ahí está el detalle, porque si el cura no era el vicario, ¿entonces qué le importaba a ese cura con quién se casara o dejara de casarse el tal electo capitán?- comentó otro compañero de tertulia que se tomaba una aromática taza de café y que no dejó concluir al que hablaba.

-Bueno, posiblemente también mediaron aspectos políticos en ese asunto de sangre porque como bien lo dijiste hace un rato - y se dirigió al primero que contara la historia- José de Sandoval fue electo para un puesto en el cabildo. Posiblemente el cura no era partidario del apuesto capitán y lo apuñaleó.

-O que el tal curita también se moría por la muchachilla del cuento- y largó una maliciosa sonrisa, mientras metía la cuchara en el pío quinto que estaba saboreando.

Se quedaron meditando por un breve tiempo. Los sonidos de la calle se mezclaban con los propios del restaurante. Era un ruido extraño que ponía un singular ambiente a la tertulia. Otro compañero sale a la arena de la discusión.

-Suena extraño, pero pudo pasar así. Lo que sí es seguro es que por el crimen ese, no se podrá nunca reedificar la parroquia porque llegará un terremoto y la destruirá. Hace cuarenta años ocurrió el peor terremoto que Costa Rica ha tenido, que por fortuna ninguno de nosotros lo vivimos, pero lo recuerdan mis tatas quienes me cuentan lo terrible que fue. Por ese tiempo estaban en trabajos de construcción de la fábrica de la parroquia- un trago de cerveza y continuó con el recuerdo -Incluso a vos se te murió tu tío al que le cayó encima parte del muro de uno de los templos de la ciudad durante ese terremoto.

En eso uno de los amigos más irreverentes dejó salir una sarcástica risilla, se tomó lo que restaba del café y le reprochó:

-Vos creés aún en eso. Son cuentos de viejos, solo para impresionar y hacerse ver que saben de todo. Siempre tiene que darle la gente visos de sobrenatural a todo lo que tiene explicación científica. Ahora solo por eso me tomo una Traube.- Y pasaba a invitar una ronda de dicha cerveza.

La ronca bocina de una machincha se escuchó pasar al frente del restaurante.

En fin, se ha hablado tanto sobre las famosas ruinas, que ya el tiempo engulló los hechos que quedan para construir historias. Lo cierto es que los trasnochadores coloniales que venían entre brumas y risas de las francachelas de la casa de los Ángeles de la Puebla de los Pardos, al pasar por la parroquia sentían un frío de muerte y decían que los asustaban cuando pasaban por sus predios. En tiempos más recientes, los modernos trasnochadores que venían de departir en el café del Olimpia o de holgarse de lo lindo donde Tencha y que se atrevían

a asomarse a los derruidos muros de la parroquia, observaban la sombra de un cura merodeando por sus ruinas.

La playa del desencanto

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

Una extensa playa se abría ante su atónita mirada... Una playa unida al terrible paisaje de una mezcla patética entre lo criollo y lo *snoB* del turismo oficial, llevado hasta el extremo de la banalidad por la lógica del mercado, es lo que aparece a los ojos de Mathias, un joven neoyorquino de patriarcal sangre latina boricua emigrada a California y de madre judía, nacida en el Bronx pero cuyos orígenes se remontan a Ucrania, invadida silenciosamente por sobrevivientes del *ghetto* judío de Varsovia. Todo un enredo cultural, propio del revuelto océano humano del siglo XX.

Entra a un bar donde se exhiben en una descomunal orgía cultural, tablas de surf, entremezcladas con iguanas disecadas y carretas pintadas, con esa típica decoración sarchiceña, que igual se puede observar en las fachadas de unas viviendas allá en el barrio del Abasto, cerca del museo de Gardel, en la bella y romántica ciudad de Buenos Aires. Luego, en una pared forrada con un descomunal gangoche, una guitarra eléctrica entremezclada con jícara decoradas al modo del puerto de Puntarenas, y entremetidas en las cuerdas de la jodida guitarra unas armas bribris, una de ellas con una vergonzosa punta de lata. Se acerca a la atiborrada barra y pide en mal español cruzado con inglés –un spanglish del diablo– una espumosa cerveza, a lo que el *bartender*, alias cantinero, le trae una cerveza de cualquier marca que el gringullo se da a la tarea de degustar con ahínco.

En la rocola digital empieza una de las típicas piezas de La Sonora Santanera que queda ahogada por la estridencia de los narradores del partido de fútbol que se pasa en las cinco pantallas planas del local. Los clientes se sumergen en los avatares del partido de un club de primera división que enfrenta a un aguerrido equipo nicaragüense. Surgen, entonces, los desencuentros culturales cuando muchos de los clientes se desencantan y sacan todo el arsenal xenófobo acumulado en contra del pueblo al norte del San Juan. Una chica en minifalda pasa moviendo su traserito

con toda la intención de levantar el alicaído ánimo del gringuillo, o lo que sea que se le levante. En cierta forma lo logra, pero no lo suficiente, pues capta por un instante su atención que luego naufraga en la ambarina bebida.

Siempre con la mente puesta en el gringuillo, se insinúa a otro fulano más viejo pero carnudote, donde puede agarrar con gusto y salen a bailar, bailan como trompos un reguetón, al son del monótono ritmo que realmente no sienten, simplemente es el impulso de bailar o lo que sea que estén haciendo, moviendo el cuerpo en un constante vaivén como lo harían las ánimas en pena inmersas en el hirviente caldo del infierno, pero de un tropicalísimo infierno terriblemente macheteado por las modas culturales de las masas travestidas por el consumo...

Mathias y Mileidi —sí, así como suena fue consignado el nombre de la chica en minifalda por el obeso sacerdote en el documento de bautismo— caminan de la mano por la sucia playa, al fondo una raída y ondeante bandera ecológica que no observa las suciedades microscópicas de las aguas infectas que proceden de los hoteles cinco estrellas del costero centro urbano.

Caminan despacio, cubiertos por una noche estrellada de vez en cuando iluminada por el resplandor de los relámpagos formados en una tormenta de verano en altamar. Se detienen, se miran, acercan sus bocas y se besan; un tímido beso que pretende tener visos eróticos pero que no pasa de un simple manoseo bucal da paso a la charla enredada, salobre, a veces sosa que cuenta sus vidas, con pasajes que son encuentros de historias muy similares pero en ámbitos diferentes. Él, criado en los abarrotados suburbios de New York. Ella, en un barrio hincado en las mareas de Golfito y que un presidente mandó quitar, por aquello del peligro, siendo él quien se diera un verdadero trancazo al enredarse sus presidenciales tobillos con una carga de varillas, madera y otros chunches tirados por donde él tenía que pasar y cayó de un piso a otro inferior, y los guardaespaldas solícitos y asustados volaron a levantarlo para revisar su augusto trasero, porque dependiendo de las heridas presidenciales, así sería el tamaño de la botella de mertiolate ante un subsecuente y descomunal corte de rabos por el terrible descuido.

En fin, en ámbitos diferentes pero con historias de soledades, culturas enredadas, niñez achicada por los líos económicos y sentimentales de sus progenitores, identidades hace tiempo olvidadas en los pasillos de los moles. Allá, Mathias viendo cómo se alejaban sus padres y cómo ingresaba un extraño en sus vidas tras el olor a deseo reprimido de su progenitora, mientras que el pobre chico se defendía de la fauna de la fría selva de cemento. Mileidi padecía lo mismo pero cocinado en una succulenta salsa tropical de estrechez económica y espacial al punto que, quinceañera, prestaba sus servicios personales a los marineros que se la llevaban a altamar, para pasar entretenidos mientras realizaban la pesca del día. Dos jóvenes pintando un futuro invadido de visos del oscuro pasado que les

tocó vivir. Un futuro que se forma al brillo de fugaces instantes, ligados al pensamiento vacilón del consumismo que trasciende las fronteras de lo material y se adentra a manosear lo más profundo del ser, llenando de ilusiones y derrotas fulminantes proyectos y visiones de un turbio futuro para ambos, una caverna existencialista a la que no ven la salida.

Ellos comparten la moda verde llevada al ridículo más elevado, donde las externalidades y los simbolismos en las camisetas, la música, la pintura pretenden conciliar al ser humano con esa olvidada naturaleza. En un oscuro rincón hacen un silencio cómplice de deseos de cuerpos ardientes, sedientos de caricias y de un acercamiento que funda el espacio y la tierra, el cielo y el infierno, en un violento llamado a Eros ahíto de deseo. Hacen el amor en un oscuro rincón arenoso, mientras oyen los gemidos de otras parejillas que también sintieron el llamado de la especie. En un momento crucial, cuando se olvidan del mundo y sus problemas, una buena línea blanca ayuda en el momento culminante del rito a Eros eterno. Se gastan las manos en sus cuerpos sudorosos mientras un súbito arqueo busca el clímax que los fundirá en uno solo por un instante ... La mañana los descubre aún abrazados y con una cara de circunstancias debido a la astringente resaca. El mar tímido se alejó, dejando la típica línea serpenteante de parduzcas espumas secas, revueltas con pedazos de cepillos de dientes, tapas, botellas plásticas, pedazos de tela y madera, que provienen de las desembocaduras de los antrópicos ríos urbanos desde el centro del país.

Mathias abre los ojos y siente un terrible remolino mental al recordar dónde se encuentra. Primero se recuerda follando de lo lindo con un grupo de personas allá por el Hotel del Rey, por el parque Morazán, le dijeron algunos que así se llamaba, se acuerda del casino del hotel que, como unas Vegas en miniatura, hace las delicias de los extranjeros, fofos vejetes libidinosos que en la típica ropa tropical esperan encontrar la chica o chico de sus sueños. Luego, mientras esperaba sentado en un poyo de ese parque, observaba los vehículos de lujo, full vidrios oscuros, llegar en pos de los travestis para una noche loca. Luego, se vio desayunando en una soda barata tomando una soda -vaya enredo idiomático local-. Después de eso se vio arribando a ese lugar, de altos edificios, la mayoría abandonados, paseándose por la extensa playa, cuyo fin se ve tan cerca pero al recorrerla, ese fin se aleja paulatinamente. Al final amanece abrazado a ella ¿ella?, ¿quién es ella? Se le aclara la memoria mientras un beso mañanero revive el deseo.

Estiró la vista hasta el extremo de esa curveada playa y volvió a sentir cuán lejos se hacía el caminar hacia ese insondable extremo que se aleja conforme él trata de alcanzarlo. Esa loca experiencia se parece a sus proyectos; cada vez que los presiente cercanos, estira la mano y estos se alejan, en una constante persecución, en un eterno sinsentido de la vida. Se vuelven a ver, un beso y una intensa caricia invaden sus cuerpos de deseo.

No se prometen nada, simplemente se alejan. Mathias hacia el pacífico sur, a seguir su periplo, su búsqueda de sí en los boscosos lugares

tropicales. Mileidi rumbo a su monotonía, a su estar en esa playa gigante abotagada de fastidio, siente ser una parte de ese monótono ambiente. ¿Lograrán encontrarse algún día?

Nos alejamos en cámara lenta del lugar, en un efecto ideado por el cineasta Allan Dwan, cuando la cámara, enfocada en un punto del espacio, se aleja lentamente perdiendo de vista al protagonista y diluyéndolo en la muchedumbre ampulosa de la gran ciudad. Así, copiando el efecto de Dwan, enfocamos los ojos oscuros de Mileidi, que al alejarnos quedan encuadrados en un inexpresivo rostro que observa un bus alejarse al sur. Al alejarnos más, descubrimos una grácil muchacha sumergida en una mezcla extraña de naturaleza y cemento, entre un variopinto enredo de culturas, de costumbres. Seguimos alejándonos hasta que el lugar desaparece en un punto diluido en miasmas del planeta invadido de humanidad. Luego, frenamos violentamente nuestro retroceso y nos acercamos a la velocidad de la luz al mismo punto que enfocamos primero y vemos unos tristes ojos oscuros que dicen adiós y una lágrima que resbala por la tersa juvenil mejilla. Al fondo se enfoca un cartel publicitario que dice: “*Disfrute Costa Rica: un país sin ingredientes artificiales*”.

